

1-1-2018

# Cuba y Cataluña en la España de Franco: las crónicas de viaje de Josep Pla para *Destino*

Pilar Bellver

Marquette University, pilar.bellver@marquette.edu

Marquette University

**e-Publications@Marquette**

***Spanish Faculty Research and Publications/College of Arts and Sciences***

***This paper is NOT THE PUBLISHED VERSION; but the author's final, peer-reviewed manuscript.*** The published version may be accessed by following the link in the citation below.

*Hispanic Studies Review*, Vol. 3, No. 1 (2018): 14-29. [DOI](#). This article is © College of Charleston, Department of Hispanic Studies and permission has been granted for this version to appear in [e-Publications@Marquette](#). College of Charleston, Department of Hispanic Studies does not grant permission for this article to be further copied/distributed or hosted elsewhere without the express permission from College of Charleston, Department of Hispanic Studies.

# Cuba y Cataluña en la España de Franco: las crónicas de viaje de Josep Pla para *Destino*

Pilar Bellver  
Marquette University

## Resumen

En 1954 Josep Pla escribe para la revista catalana *Destino* una serie de crónicas sobre Cuba. A diferencia de otros viajeros contemporáneos a la isla, sus crónicas no devienen en una defensa de la Hispanidad ni en un alegato nostálgico del papel tutelar de la metrópolis en las excolonias. Por el contrario, sus descripciones del paisaje urbano cuestionan los lugares comunes del nacionalismo español, a la par que la descripción del bullicio y la actividad de La Habana se convierte en un ataque velado a las políticas económicas del franquismo. A pesar de esta actitud crítica, las crónicas de Pla sobre Cuba no se hacen eco de una sensibilidad anticolonial sino que refuerzan estereotipos imperantes sobre la inferioridad de las culturas mestizas. Su distanciamiento respecto a la retórica franquista para Latinoamérica tiene como objetivo legitimar su propia identidad como catalán y reivindicar el papel de Cataluña como vector de modernización en las Américas.

## Article

En su análisis de las estructuras sociales que posibilitaron la aparición de un lenguaje democrático en la España de Franco, Joan Pecourt analiza el campo de las revistas políticas y culturales, única alternativa a los medios de comunicación de masas bajo control oficial. Publicaciones como *Triunfo* (1946) o *Cuadernos para el Diálogo*

(1963) no solo fueron espacios para la discusión de ideas políticas y para la crítica social, sino que también propiciaron la aparición de un poder intelectual cada vez más independiente que supo llevar el debate de ideas más allá de los foros universitarios (216-23). Es en este contexto de progresivo distanciamiento y resistencia simbólica al franquismo donde debemos encuadrar la revista catalana Destino y con ella a uno de sus escritores más emblemáticos, Josep Pla. Fundada en Burgos en 1937 como órgano de propaganda falangista y como vehículo de afirmación de la españolidad de los catalanes huidos a la zona nacional, la revista fue evolucionando hacia posturas europeístas y liberales una vez trasladada a Barcelona tras la guerra. Con portadas y fotografías espectaculares que reconectaban con las publicaciones ilustradas catalanas de antes de la guerra y con una atractiva mezcla de reportaje político y crónica cultural, la revista ayudó a crear corrientes de opinión y sirvió de barómetro a las preocupaciones, creencias y prejuicios de su principal audiencia, la clase media catalana (Ripoll Sintes, pars. 1, 27, 31).

Josep Pla empezó a colaborar con Destino en 1940. Hasta 1976, cinco años antes de su muerte, el autor escribió para la revista más de 2.000 artículos (Geli y Huertas 41), entre ellos numerosas crónicas de viajes sobre Europa, el norte de África, América, y Oriente Medio. De hecho, Pla fue uno de los colaboradores que más asiduamente escribió sobre Latinoamérica, llegando a visitar en diferentes ocasiones la mayoría de los países caribeños y suramericanos. Aunque Pla nunca llegó a recopilar sus artículos políticos sobre la región en sus obras completas, todas las crónicas de sus viajes por el continente americano se tradujeron y reeditaron en castellano y en catalán en diferentes volúmenes.<sup>1</sup> A la luz de la importancia dada por el propio Pla a sus textos de viaje latinoamericanos cabe preguntarse: ¿cómo se manifestó en estas crónicas el deseo de distanciamiento y crítica respecto al franquismo que caracterizó Destino desde finales de los años 40? Y, más específicamente, ¿qué postura asume este escritor catalán frente América Latina y frente al discurso neoimperialista de la Hispanidad, piedra angular de la política exterior del régimen tras la guerra?

Cuba, uno de los primeros objetivos de la diplomacia franquista en Latinoamérica y también una de las colonias con mayores vínculos migratorios y comerciales con Cataluña, fue el primer país latinoamericano que Pla visitó. El viaje fue parte de un crucero de placer organizado por la propia Destino con escalas en Santander, Gijón, Lisboa, Cádiz, La Habana y Nueva York. Sus reportajes aparecieron entre el 7 de agosto y el 13 de noviembre de 1954 bajo el título general de “Viaje a América.” Las dos crónicas cubanas, “Carta del Mar de los Sargazos y llegada a La Habana” y “Carta de Cuba” llevan fecha del 28 de agosto y el 4 de septiembre respectivamente. Las firma José Pla, ya que la censura impide todavía firmar con nombres en catalán.

Cuando se publican estas crónicas, España empieza lentamente a salir de la posguerra. La firma de acuerdos con el Vaticano y los EE.UU. en 1953 y la entrada de España en la ONU dos años después le permiten al régimen desbloquear su aislamiento internacional, por lo que se busca reencauzar la imagen del país en el extranjero. La cartilla de racionamiento acaba de suprimirse, aunque Franco sigue practicando una política económica de autarquía que perpetúa la pobreza y la escasez. Esta política tiene consecuencias particularmente devastadoras para la economía catalana, pues las carencias de energía y el aislamiento internacional impiden la importación de los equipamientos y las materias primas necesarias para la reactivación de su industria (Agustí 191-92). A nivel cultural, estamos al final de lo que Jordi Gracia ha denominado “el quindenio negro,” el periodo de hegemonía cultural fascista inmediatamente posterior a la guerra (23). Según Gracia, en los ambientes universitarios, y desde sectores católicos y falangistas moderados, se empieza a gestar una cultura de oposición que desafía el talante propagandístico de la cultura oficial y que rescata la tradición liberal de preguerra (23-24). En Cataluña esta conciencia crítica se enfrenta además a la tarea de garantizar la continuidad de la identidad y de la tradición intelectual catalana desde dentro del mismo sistema político que las niega (Gracia 283).

Las crónicas de Pla sobre Cuba se enmarcan en este contexto de crítica cautelosa a las políticas del régimen y expresan, sobre todo, un marcado distanciamiento respecto al lenguaje y el talante ideológico de la literatura de viajes escrita en castellano durante los años 50. En esta década, y antes de la aparición de textos claramente críticos con la realidad social española como Campos de Níjar (Luis Goytisolo, 1960) o Caminando por la Hurdes

(Antonio Ferrés y Armando López Salinas, 1960), la literatura de viajes tiende a apoyar los objetivos políticos del franquismo.<sup>2</sup> El viaje, con la excepción de los escritores en el exilio, es principalmente una actividad nacional. De la mano de conocidas figuras de la época como Víctor de la Serna Espina -Premio Nacional de Literatura en 1955- o desde la atalaya de semanarios afines al régimen como *El Español*, viajar por España no solo se convierte en excusa para constatar los logros del franquismo (Champeau 77, Torre 64-65), sino también en una manera de redescubrir los valores esenciales de la nación, y de defender de este modo un modelo de identidad basado en la unidad territorial y cultural del estado (Carrión 270). En este contexto, lo interesante de las crónicas de Pla es que rompen con esta tendencia autocomplaciente de la crónica del franquismo pero sin decantarse por el realismo social que caracterizará los relatos de los escritores de izquierdas en las décadas siguientes. Su obvio precedente es el *Viaje en autobús* (1942) del propio Pla,<sup>3</sup> obra calificada de “insólita” por Lluís Quintana Trías, al ser a un mismo tiempo un libro “políticamente intachable” y una obra de “denuncia . . . incansable de la miseria” de la posguerra (127-29). Según Quintana Trías, *Viaje en autobús* cabe ser leído también como un texto de “recuperación patriótica” de la identidad catalana, un texto que, en la línea seguida por *Destino*, sustituye la reivindicación nacionalista por un localismo “difuso” que arraiga la identidad en espacios específicos del paisaje catalán (128). Las crónicas de Cuba expresan esta misma tensión entre la aceptación y el inconformismo, y entre lo español y lo catalán que caracteriza el *Viaje en autobús*.

En primer lugar, el distanciamiento de Pla respecto a la retórica oficial del franquismo se hace evidente en la recreación de un ambiente de parálisis económica y social en España que choca con el triunfalismo con el que los medios oficiales retratan la marcha del país. El deseo de escapar de la asfixia material y mental que caracterizan la vida bajo el franquismo es el punto de arranque de la narración, que se inicia significativamente con una reflexión sobre los miles de emigrantes europeos que han cruzado el Atlántico y sobre el deseo de libertad que mueve al ser humano a desplazarse: “. . . siempre existió en el movimiento emigratorio una asfixia moral o material de base. Por distintas . . . que fuesen las naciones a que pertenecieron los emigrantes, a todos les unió una gran idea: la de crearse un futuro . . . en un país libre” (16).<sup>4</sup> En su clásico análisis de la literatura de viajes europea de principios del siglo XX, Paul Fussell afirma que el género debe ser entendido fundamentalmente como una ‘celebración de la libertad’, ya que el escritor es, como mínimo, más libre físicamente que el lector (203). En la España de los años 50 esta diferencia en la libertad de movimientos entre viajero y lector se hace particularmente evidente, pues el viaje fuera de España está solo al alcance de unos pocos. Es por ello que la narración pronto adopta un tono distendido, y un festivo sentimiento de liberación acompaña al escritor en sus diferentes actividades durante la travesía, ya se trate de disfrutar del aire acondicionado de los camarotes o de consumir productos de lujo que no se pueden conseguir en la península, algo que lo rejuvenece: “Fuera de las aguas jurisdiccionales se rompieron los sellos de las bodegas y aparecieron en el bar los alcoholes y los tabacos de la más alta calidad . . . Estas apariciones me quitaron algunos años de encima” (17). A un nivel simbólico, el viaje a Norteamérica se convierte en una manera de celebrar la prosperidad que ya empieza a sentirse en Europa y de la que España está quedando excluida, mientras que la vuelta a España se identifica con una vida de estrecheces y limitaciones. En la “Conversación con José Pla a su regreso de América” que el propio Pla escribe como complemento a las crónicas,<sup>5</sup> el autor ironiza sobre los frecuentes cortes al suministro eléctrico que caracterizaron la vida diaria de los españoles hasta mediados de la década de los 50. Tras mencionar que la entrevista se produce en su casa a la luz de un quinqué “porque es día de restricciones,” Pla apostilla burlón: “Perdone que le reciba en este ambiente tétrico . . . Yo no soy más que un viejo abonado a la Energía Eléctrica de Cataluña . . . Si este quinqué se rompiera . . . nos encontraríamos pura y simplemente en la época del poeta Homero. . .” (“A la luz”). En privado, en una carta que le escribe a su amigo y editor Josep M. Cruzet, Pla dará rienda suelta a la desazón y se lamentará resignado de la penuria intelectual a la que el aislamiento político y económico de España los condena: “El viatge a Amèrica m’ha produït una rebullida mental excepcional i el retorn una depressió tremenda. Es difícil d’adaptar-se a aquesta vida sòrdida y petita . . . però no hi ha més remei” [El viaje a América me ha producido una agitación mental excepcional y el retorno una depresión tremenda. Es difícil adaptarse a esta vida sórdida y mezquina . . . pero no queda más remedio”] (Pla, *Amb les pedres* 496).<sup>6</sup>

El sentimiento de atraso en el que está sumido España se expresa sobre todo por contraste con el dinamismo de la capital cubana. Cuba atrae a Pla por ser un país en transición, es decir, un país que está dejando atrás su pasado colonial para abrazar una modernidad que llega por la influencia del poderoso vecino norteamericano. Cuba va a presentarse como la antesala de los EE.UU.: “La Habana es una impresionante ciudad y una escala muy útil para entrar en los Estados Unidos. Constituye, en cierta manera, una iniciación a la vida americana . . . El pasado de Cuba es ya remoto y tan delgado, que dentro de poco será inencontrable. Cuba está en la frontera misma de la etapa histórica que nace” (34). Frente a la Habana colonial de edificios “decréritos y desvencijados” (26), Pla opone la de los barrios nuevos de los sucesivos ensanches, es decir, la de los barrios residenciales de casas individuales con jardín que se han ido construyendo hacia el sur durante las dictaduras de Gerardo Machado y de Fulgencio Batista, y bajo la influencia de los EE.UU. Pla recrea la modernidad cubana con el mismo sentido de asombro que expresaron las primeras crónicas de exploración a América, mas su asombro no se refiere a una naturaleza virgen y abundante sino a la transformación física y social alcanzada en la isla en tan sólo unas décadas. Así, Pla califica de “prodigiosa” la urbanización del Malecón, de “impresionante” su comercio y de “activísimo y fenomenal” el tránsito de coches americanos que conecta esta zona con el resto de la ciudad (30-31). En El Vedado el tono es “elevado” y la vida social “brillante” (32). En el “modernísimo” barrio de Marianao se encuentra el Tropicana, “este prodigioso cabaret metido en la verdura cubana” (33-34). El contraste entre el viejo y el nuevo mundo se hace explícito cuando Pla concluye de manera contundente: “Ante nuestras formas de vida, cada día más mortecinas y arcaicas, asfixiadas por un burocratismo entorpecedor cuando no inepto, el libre desenvolvimiento de la actividad individual y el general deseo de ascensión social de este país constituye un espectáculo admirable” (32).

Tal y como han observado diversos críticos, Pla es un escritor vivamente interesado en cuestiones económicas, y deseoso de entenderlas y explicarlas.<sup>7</sup> Su defensa del capitalismo y, sobre todo, su admiración por las ideas del economista británico John Maynard Keynes salpican desordenadamente toda su obra, y se concretan además en un breve ensayo dedicado a su vida e ideas que publica en 1955, escasos meses después de estas crónicas (Linde 230-33). Pla aprovecha su viaje a Cuba para exponer algunas de estas ideas. Por ejemplo, Pla celebra el consumismo de los cubanos, clave según Keynes de la salud de la economía. Así, al hablar de quienes viven en El Vedado, Pla se maravilla: “El cubano del Vedado tiene su coche, el frigorífico, la radio, las máquinas de lavar y planchar, el teléfono para no ir al mercado y el aparato de televisión. El terreno, la casita y todos estos aparatos los ha comprado a plazos, pero ¿qué más da?” (32). Frente a los estereotipos de indolencia o de riqueza fácil que suele asociarse con la isla, y que el escritor reconoce como parte de su bagaje cultural, Pla encuentra en el estilo de vida americanizado de los cubanos las virtudes sociales que cree generarse con el liberalismo económico, en particular una fuerte ética del trabajo que antepone el esfuerzo personal al entretenimiento: “Yo, como todos los viajeros, he desembarcado en La Habana con unos presupuestos mentales producidos por la tradición . . . Es un error profundo. La Habana es una ciudad vertiginosa, activa, animada, de trabajo. . . . El tiempo es escaso para la frivolidad” (40-41). Aun cuando Pla considera que tanto en Cuba como en EE.UU. la envidia o la codicia son el motor de la economía, el escritor defiende un sistema anclado en estas características por ser el único capaz de generar el deseo de consumo necesario para prosperar:

“En Norteamérica el vecino es un reactivo constante, todo se hace para superarlo. La consecuencia es obvia: la emulación hace que el comercio marche, que, en definitiva, es lo esencial. Sin una determinada cantidad de amor propio . . . , sin grandes cantidades de petulancia difusa y social no puede haber prosperidad.  
De todo esto Cuba está muy bien provista.” (33)

En estos pasajes el entusiasmo del escritor contrasta claramente con su desazón ante la situación española y expresa un velado anhelo de que la inminente influencia de los EE.UU. se deje sentir de manera similar en su propio país.

La defensa que hace Pla del consumismo y la competitividad como pilares de la economía está en clara contradicción con la retórica anticapitalista y antisajona favorecida por los sectores falangistas del franquismo, retórica que fue pilar ideológico y propagandístico de las primeras políticas económicas del régimen. No obstante, es necesario observar que en las crónicas de Pla el liberalismo económico no se muestra incompatible con un sistema político autoritario. Pla no alaba directamente la dictadura cubana y solo menciona a Gerardo Machado y Fulgencio Batista de pasada al hablar de las diferentes etapas por las que ha pasado la ciudad. Mas al relacionar su gobierno con un desarrollo urbanístico “soberbio” (31), y al atribuir este desarrollo a la influencia de los EE.UU., Pla sanciona implícitamente el hecho de que estas dictaduras hayan sabido adaptar la economía del país a los nuevos tiempos. Con sus crónicas sobre Cuba Pla trata de influir sobre una audiencia en España que sabe que la economía no funciona y que el régimen se enfrenta a la decisión de abrirse a los mercados europeo y norteamericano para sobrevivir. De hecho, Franco tomará una dirección similar muy poco después, cuando incluya a los tecnócratas del Opus Dei en su gobierno y gire hacia el desarrollismo con el Plan de Estabilización de 1959. Por pragmatismo o por convicción, el escritor se sirve de estas crónicas para promover una agenda económica modernizadora que no cuestiona los cimientos políticos del régimen, a pesar de que esto implica una contradicción con el espíritu de libertad que él mismo reconocía como esencia del viaje desde las primeras líneas de su relato. Los graves problemas económicos que enfrenta la isla como resultado de la dependencia económica de los EE.UU., el descontento político y social frente a la brutalidad del gobierno, o las turbulentas elecciones que se avecinan no son asuntos a los que se aluda en ningún momento.

El distanciamiento respecto al lenguaje oficial del franquismo que caracteriza las crónicas sobre Cuba se expresa finalmente en el rechazo de sus planteamientos nacionalistas y en la ausencia, e incluso en la ridiculización, de uno de sus discursos más característicos: la Hispanidad. El mito de la Hispanidad tiene sus raíces en el debate intelectual que sigue a la pérdida de las últimas colonias españolas. Aunque en círculos liberales y regeneracionistas de finales del XIX la Hispanidad se propone como una nueva relación “fraternal” con Latinoamérica basada en la afinidad cultural,<sup>8</sup> a partir de los años 30, y desde una perspectiva conservadora, este concepto comienza a interpretarse como una esencia espiritual fundamentada en los valores del Siglo de Oro, el pasado imperial y la tradición católica y su defensa.<sup>9</sup> El primer franquismo asumió esta visión providencialista de la Hispanidad como parte esencial de su ideología, con la mirada puesta en reclamar un papel protagonista en la futura Europa fascista y en la redistribución de sus áreas de influencia (Delgado Gómez-Escalonilla 2013, 71; Marcilhacy 82-83). Para 1954, esta visión se ha adaptado a las necesidades de una nueva agenda política que pasa por convencer a los EE.UU. que España puede liderar un bloque hispánico en la lucha contra el comunismo, un bloque cimentado sobre una religión y una lengua común pero también sobre objetivos políticos y económicos similares (Delgado Gómez-Escalonilla 2013, 146; Marcilhacy 96-97). En este contexto de potenciación de la diplomacia franquista en Latinoamérica, la mayoría de los escritores y académicos que viajan al continente lo hacen con algún tipo de apoyo oficial. De hecho, una gran parte de la intelectualidad española de la época visitó los países latinoamericanos como conferenciantes del Instituto de Cultura Hispánica, institución cuyo objetivo fue tanto crear una nueva imagen de España en América tras la derrota fascista en Europa como demostrar que bajo el franquismo seguía existiendo una escena cultural capaz de eclipsar la influencia de los intelectuales en el exilio (Guerrero 32).

Pese al dinamismo de esta diplomacia cultural, muy pocos de los escritores y académicos que pasaron por países latinoamericanos en estos años recopilaron sus experiencias en crónicas literarias o para la prensa. Gayle Nunley constata ya esta escasez de textos latinoamericanos al estudiar la literatura de viajes del siglo XIX y explica que, a diferencia con otras tradiciones europeas, los viajeros españoles nunca llegaron a ver Latinoamérica como un destino de interés, pues la amarga pérdida de las colonias les hizo aferrarse a un paradigma colonialista que identificaba España con la civilización, y que deploraba la peligrosa pérdida de influencia de la metrópolis desde la independencia (174-182). En la década de los 50, la visión de los literatos y periodistas españoles sigue plagada de estereotipos que muestran el continente como una tierra bárbara y caótica. Tal es el caso de los reportajes que se publican en estos años en revistas oficialistas como *El Español* o *Mundo Hispánico*, según se percibe en la imagen del viajero como conquistador de una naturaleza salvaje que todavía enfatizan algunos de

sus títulos: “Yo he sido buscador de oro: de la civilización a la selva por la ruta de Colón”, o “Viaje a las tierras de Adán: selva, antropofagia y hechiceros” (Guerrero 178). En otros escritores las fantasías civilizadoras de la Hispanidad se manifiestan como nostalgia de un pasado irrecuperable. Al tratar de Cuba específicamente, Agustín de Foxá, diplomático y corresponsal para ABC en La Habana, reconoce como Pla los cambios experimentados por el país bajo la influencia de los EE.UU. No obstante, tal y como muestra el siguiente pasaje de una crónica de 1950, Foxá retrata la Habana desde una perspectiva aristocrática que perpetúa la imagen de la ciudad como parte del continuo cultural español, y que lamenta la desaparición del orden y la armonía social creados por el colonialismo:

Entre los “cines” de aire refrigerado con películas en technicolor; los Cadillac de cola de pato; . . . los modernos hoteles del Vedado y los campos de “baseball”, todavía aparece la vieja Cuba colonial . . . ¡Viejas casas habaneras. . .! Frescos interiores para las siestas, los refrescos y zumos, y la mecedora. Y los viejos esclavos negros de pelo blanco. Y el piano de la península para los antiguos bailes. (593)

Las crónicas de Pla sobre Cuba y las numerosas crónicas posteriores que escribió sobre sus viajes por Latinoamérica rompen con esta tendencia a despreciar el potencial poético del continente o a mirarlo exclusivamente desde la óptica de un nacionalismo regresivo que busca reencontrarse con una esencia común y un pasado épico. Libre de ataduras diplomáticas y exento del sentido de misión civil y política que fue central al concepto de la Hispanidad y a la diplomacia franquista en Latinoamérica, Pla desacraliza desde el comienzo los principales lugares comunes del nacionalismo español, particularmente aquellos iconos que remiten a la época en la que España fue potencia internacional. Por ejemplo, al describir la entrada del barco en el puerto de La Habana, Pla califica de “mediocre ruina” la fortaleza del Morro, minimizando de este modo la gesta de la conquista (24). Los edificios emblemáticos del poderío militar español en la isla, como la antigua Capitanía General, se presentan como “manifestaciones arqueológicas del colonialismo,” es decir, como objetos propios del estudio científico más que como motivo de orgullo o parte del activo cultural hispano (28). No hay mención tampoco a una común herencia católica y los hitos de la arquitectura religiosa de los Siglos de Oro se descalifican por no ser del gusto del escritor. Así, el barroco de un convento franciscano le resulta “pesadote” (25) mientras que la catedral “no tiene nada de particular” (28). Pla ni siquiera recurre a la idea de una lengua común, baluarte, según la Hispanidad, de un supuesto carácter español, y califica el castellano que hablan los cubanos de “inextricable” (38). Mientras el discurso del liberalismo económico informaba la entusiasta descripción de los barrios nuevos de La Habana y proyectaba la ciudad hacia un futuro prometedor, los valores imperiales que se reflejan en la vieja arquitectura colonial remiten al lector a un pasado sin vigencia.

A pesar de que Pla no recurre en la descripción de la ciudad al archivo hispanista del franquismo, sería un error pensar que estas crónicas eluden los prejuicios con los que la mayoría de los escritores españoles contemporáneos se acercaron a las excolonias en América. De hecho, en sus crónicas sobreviven características de una retórica imperialista que en este caso no irradia de la creencia en el papel tutelar de España en sus excolonias sino de arraigados prejuicios que reafirman la superioridad cultural de las naciones europeas. Críticos como Mary Louise Pratt (1992) y David Spurr (1993) consideran que existe una retórica colonial que sobrepasa los límites históricos del periodo en el que los países europeos establecen su autoridad en amplias regiones de África, Asia y Latino América, y que esta retórica se articula mediante una serie de “funciones” o tropos que se perpetúan en la literatura de viajes a lo largo de los siglos XIX y XX. Desde esta perspectiva, el género de la crónica se convierte en una pieza clave del proyecto colonizador, pues la descripción de lugares lejanos no solo ayuda a tomar posesión simbólicamente de las geografías colonizadas sino que se convierte también en un acto de diferenciación que afirma por contraste los valores culturales del colonizador.

En el caso de Pla, esta retórica imperialista se manifiesta sobre todo en el modo en que el autor se aproxima al paisaje. Es cierto que, en un principio, Pla trata de mostrarse objetivo y que se distancia del discurso colonial cuando ridiculiza la imagen de Cuba como paraíso tropical que ha permeado la imaginación de los viajeros europeos desde los primeros escritos de Colón. En concreto, Pla tilda de “fantasías” las imágenes de una

naturaleza exuberante, y se refiere burlescamente al hecho de no haber encontrado monos, papagayos y otras criaturas exóticas que pudiera llevar consigo en su viaje de vuelta (40). En el contexto de la Cuba americanizada que Pla quiere presentar al lector, la promesa de una fauna salvaje solo sirve para que los “los turistas mantengan una cierta ilusión” y los tiburones, como los hitos arquitectónicos del dominio español, “se pierden en las brumas del pasado” (24). Por otro lado, sus descripciones de aquellos elementos que sí podrían diferenciar el paisaje cubano de un paisaje europeo tienden a concluir en una nota negativa. Así, aunque en un principio el verde “lustroso” de la isla despierta la admiración del autor, el paisaje acaba resultándole “monótono,” incluso “impintable” (35). La palma, icono botánico del trópico, se describe primero como un “magnífico árbol,” pero al constatar que su fruto solo sirve como alimento a los cerdos, el autor la considera “prácticamente estéril” (35). A veces un solo adjetivo es el que revela la mirada hegemónica del escritor. Pla se muestra incapaz de apreciar la fruta tropical y no solo la califica de “insípida y dulzona” sino que concluye: “Prefiero un melocotón, -o una uva- . . . a toda esta prehistoria frutácea” (39). La palabra “prehistoria” en este pasaje es clave para entender que, pese a que la Cuba de los 50 ejemplifica para Pla el giro hacia la modernización que el escritor anhela para España, la isla se representa todavía como una geografía colonial, es decir, una geografía marcada por la diferencia con Europa y caracterizada por un primitivismo inherente.

La mirada colonial que el autor proyecta sobre la isla se manifiesta finalmente en el desprecio e incluso en el temor al contacto que Pla manifiesta respecto a la población nativa. En la primera referencia a los cubanos que encontramos en el texto, Pla afirma que el criollo “despide ruido, como el calamar despide tinta” (26). Poco después, al describir el ambiente del antiguo barrio colonial, el autor hablará de la “tristeza animal” de los negros, de la “blancura de los dientes” de las mulatas y del “aleteo de los sombreros de paja” (27). Pla se sirve en estos ejemplos del tropo de la animalización, tropo mediante el que se compara el cuerpo o el comportamiento de un sujeto ‘racial’ al de un animal con el fin de denotar su inferioridad cultural o su incapacidad de autogobierno (Dubino et al. 228). Con estas descripciones, se establece en el texto una clara jerarquía entre observado y observador que impide tanto al viajero como a sus lectores identificarse culturalmente con los cubanos. Es más, esta atmósfera primitiva que envuelve el antiguo barrio colonial amenaza con desatar los impulsos sexuales del viajero. En un críptico pasaje que el autor inserta en su descripción de la vieja Habana leemos: “Este barrio delirante . . . rezuma una sensualidad obsesiva de camastro humeante. Es una sensualidad que riel como un rayo lunar sudoroso, bochornoso, y que penetra en las escasas defensas humanas” (27). Poco antes Pla ya se había referido en un tono mucho más distendido al contoneo casi “inconsciente” de las nalgas de las negras y las mulatas, algo que considera no solo propio de este barrio sino “parte del espíritu de la ciudad” (27). Según explica Spurr, la sexualización de las colonias es otra de las estrategias retóricas más arraigadas y duraderas del discurso del colonialismo europeo y expresa, a un nivel simbólico, un temor encubierto a ‘contaminarse’ o perder la propia identidad (Spurr 79-80). La ansiedad de Pla ante la posibilidad de sucumbir a su deseo sexual establece en este caso una clara distinción entre su cultura blanca y europea y la cultura predominantemente mestiza y ‘primitiva’ de la isla.

Es necesario puntualizar que Pla solamente se sirve de estos tropos coloniales cuando describe a los habitantes de la vieja Habana, es decir, cuando la narración se ubica en la parte más antigua, o menos americanizada, de la ciudad. La degradación física y moral que expresan tanto la animalización como la erotización de sus pobladores no hace sino matizar la tesis de estas crónicas: que Cuba es todavía una nación en transición y que la influencia civilizadora de los EE.UU., en pugna con las fuerzas nativas del atraso, es lo que la impulsa a su modernización. Lo interesante de estos textos es que el atraso que se atribuye a la sociedad cubana no solo se arraiga en prejuicios racistas sobre la inferioridad de las culturas africanas sino que se vincula además al modelo colonial español y, más concretamente, a su permisividad con el mestizaje. Pla entiende la atracción sexual por la mujer mulata como un problema de dimensiones políticas. La necesidad de mantener una nítida separación entre blancos y negros le parece tan importante que el escritor aborda el asunto explícitamente en la entrevista de ficción que añade al final de las crónicas y también en el Calendario sin fecha -su habitual columna de opinión- que publica al regreso del viaje.<sup>10</sup> Para Pla el mestizaje que caracteriza las sociedades latinoamericanas es precisamente una de las grandes diferencias entre EE.UU. y Latinoamérica, y uno de los principales factores a la



hora de explicar tanto el éxito estadounidense como la inestabilidad de las sociedades latinoamericanas. Pla llega incluso a afirmar que en EE.UU. no existe un problema racial. Según él, “. . . el problema empezará a producirse si los blancos tienen algún día la veleidad de mezclarse con los negros, sobre todo si llegan a mezclar su sangre, como ha sucedido en tantos países” (Pla, “A la luz” 6). No obstante, continúa Pla, “. . . esa posibilidad es . . . absolutamente impensable. No olvide usted que Nueva York es una ciudad formada por gentes del norte de Europa . . . es decir, por personas que jamás se mezclarán con los negros . . . Los Estados Unidos tiene un campo provechosísimo de experiencia sobre los problemas raciales, en el espacio de la América Latina” (Pla, “A la luz” 6).

Pla percibe la separación entre las razas como un rasgo de la colonización llevada a cabo por inmigrantes del norte de Europa. Al identificar la ausencia de mestizaje con las culturas del norte y al asociar éstas con la prosperidad económica y la estabilidad social, Pla vincula además el mestizaje con un fallido y obsoleto modelo colonial español, y se desmarca de una retórica nacionalista que hizo del mestizaje uno de los pilares ideológicos de la Hispanidad durante el franquismo. En *Impurity of Blood. Defining Race in Spain: 1870-1930* Joshua Goode explora el origen del pensamiento racial en España y argumenta que, a diferencia del resto de naciones europeas, Franco profesó un ideal racial que tiene sus orígenes en la antropología de finales del siglo XIX y que define la raza española como amalgama de los rasgos de cada una de las culturas que habían convivido en la Península, transcendidas en un ente superior por efecto del catolicismo: “Racial strength, in Franco’s view, emanated from bringing race together, not the domination of one pure race over all mixed ones” (1). Dentro de este paradigma, las colonias americanas se convierten en símbolos por excelencia de la capacidad de inclusión de la raza española (Goode 14) y el mestizaje sirve de expresión al espíritu de hermandad que animaba el colonialismo es-pañol frente al carácter exclusivamente materialista de los colonialismos de raíz sajona. Desde las ciencias, influyentes antropólogos de la época como Luís de Hoyos Sáinz interpretan los regionalismos peninsulares como una “amenaza atávica” al espíritu unificador del mestizaje y defienden que el régimen de Franco es el único que puede garantizar su continuidad (Goode 113-14). La cruda defensa que hace Pla de la separación de las razas en sus crónicas implica, una vez más, un distanciamiento del lenguaje oficial del franquismo, y el rechazo implícito a una idea de mestizaje que hacía también imposible la inserción de otras identidades culturales dentro del estado español.

La admiración que siente Pla por los EE.UU. y por las culturas de norte de Europa debe ser interpretada finalmente como manifestación de uno de los paradigmas retóricos más frecuentemente utilizados por los escritores europeos del siglo XIX para relatar sus viajes dentro del propio continente: conceptualizar Europa sobre un eje norte/sur en el que el norte se identifica con la modernidad y el sur con un persistente tradicionalismo que redundaba en su atraso. Este paradigma es incorporado a la literatura de viajes española a partir de principios del siglo XIX, cuando, según Nunley, el viaje y el género de la crónica se popularizan entre la clase media es-pañola gracias a la mejora en los transportes y a una mayor, aunque precaria, libertad política (16). Tal y como explica Nunley, en la crónica de viajes escrita en la España del XIX esta dicotomía se complica, pues el país se ubica en la parte sur de esta línea imaginaria, y la posición en la que el autor se sitúa respecto a la idea de Europa resulta por ello necesariamente problemática (124-25).

Las crónicas de Pla sobre Cuba perpetúan el uso de la dicotomía norte/sur y, tal y como se ha visto, la adaptan a un contexto posbélico marcado por el liderazgo económico y político de los EE.UU. No obstante, la posición en la que el autor se sitúa no resulta ambigua, pues Pla no se identifica en la narración como español sino como catalán, y Cataluña se ubica decididamente del lado de la modernidad. Pla va a dar voz en estas crónicas a un catalanismo que hunde sus raíces en la recuperación de la lengua y cultura catalanas que llevan a cabo los intelectuales de la *Renaixença* desde las primeras décadas del siglo XIX y que cristalizó a nivel político en la fundación de la *LLiga Regionalista de Enric Prat de la Riba* en 1901, partido que representaba las inquietudes de la burguesía industrial catalana y en el que Pla también militó. En la base de este catalanismo conservador se encuentra un concepto étnico de identidad en boga en Europa que entra en España a través de Francia y que, validado por nuevas teorías científicas como el darwinismo social o la frenología, comienza a impregnar el

discurso de los diferentes nacionalismos peninsulares que maduran a la sombra del desastre colonial (Jacobson 221-226).<sup>11</sup> Dentro del nacionalismo catalán, prominentes figuras de la época como Pompeu Gener afirmaban la existencia de una esencia cultural catalana que se asentaba sobre las grandes civilizaciones me-diterráneas (Grecia y Roma) y sobre las culturas del norte de Europa (celtas, francos, godos), sin llegar a verse “contaminada” por las influencias africanas que eran parte de la mezcla cultural en otras partes de España (Jacobson 223-224). Para Prat de la Riba Cataluña era “la principal representante de la civilización europea” en España, y su prosperidad, impulsada por la “natural” energía y virtudes del catalán, justificaba la expansión de su influencia política y cultural en el resto del país (citado en Rodrigo y Alharilla 317).

Pla siempre se movió en el ámbito del catalanismo político de la Lliga y suscribió plenamente tanto la idea de que la verdadera modernización de España no ocurriría hasta que los catalanes influyeran decisivamente en la política nacional,<sup>12</sup> como la defensa de una europeizada identidad catalana que se define por contraste con la “española.” Cuando Pla carga con-tra la idea del mestizaje no está simplemente contrastando la incompetencia del colonialismo español con la eficiencia de la Europa del norte, ni mucho menos criticando el modo en que la noción de mestizaje franquista anulaba la singularidad de las culturas latinoamericanas, particularmente de las culturas indígenas y africanas. Pla está poniendo en entredicho la capacidad de modernización de otros pueblos peninsulares que no son catalanes y asumiendo de este modo una concepción étnica de la identidad catalana que ha dado pie a numerosos prejuicios racistas. En estas crónicas Pla convierte Cuba en escenario de la utopía modernizadora que definió el catalanismo conservador de principios de siglo. En última instancia, su distanciamiento de la retórica nacionalista del régimen va a servir como vehículo a la reivindicación nacionalista de su propia identidad como catalán.

La identidad catalana del viajero se manifiesta desde la primera descripción de la ciudad, cuando Pla menciona la barcelonesa calle Fernando para darle una idea al lector del ancho de las calles en el viejo barrio portuario (26). A partir de ahí, Barcelona es el rasero con el que Pla mide la Habana y las comparaciones entre ambas ciudades salpican la descripción de la ciudad en todas sus etapas históricas. Así, las calles estrechas de la vieja Habana le recuerdan a las dea Barceloneta (31), mientras que el Malecón se compara a las Ramblas (29). Pla hace estas observaciones al hilo de sus pensamientos, sin mostrar una gran erudición y sin ser demasiado preciso en la información que ofrece. Por un lado, este estilo desenfadado le permite conectar más fácilmente con su lector, un lector que también conoce íntimamente Barcelona y que no necesita explicaciones adicionales para entender al escritor. No en vano, el 60% de las ventas de la revista se realizaban en la misma capital catalana (Ripoll Sintes, par. 16). Por otro, la insistencia en comparar ambas ciudades se hace eco del “barcelonismo” que caracterizó la cultura catalana durante el franquismo y que gran parte de la crítica interpreta como sustituto de un catalanismo que no podía expresarse abiertamente (Geli y Huertas 65). Según Ripoll, en el caso de Destino, Barcelona no solo sirve como icono de una identidad catalana censurada sino que ejemplifica el espíritu de modernidad que caracterizó la vida de su burguesía antes de la guerra, un espíritu que la revista trataba de recuperar (Ripoll Sintes, par. 16). Si enmarcamos las crónicas en un contexto poscolonial, es obvio que Barcelona, y no Madrid, es el ancla de la mirada del autor, es decir, la metrópolis o capital que sirve de punto de comparación a la hora de describir una geografía colonizada y que encarna la esencia de la nación a la que el viajero considera foco de la civilización y hogar.

La Barcelona que evocan estas crónicas no es solo la ciudad que el autor conoce íntimamente por los años de juventud vividos en ella, sino también la ciudad que fue a lo largo del siglo XIX, y en palabras del historiador Martín Rodrigo y Alharilla, “centro del negocio colonial español” y sede de las importantes instituciones financieras que lo sustentaron (355). En este sentido, las crónicas deben leerse como reivindicación del aporte catalán en Cuba y como una forma de enfatizar no solo los fuertes vínculos comerciales y empresariales de Cataluña con la isla sino también el papel que la emigración catalana ha tenido en su prosperidad. Las crónicas de Pla se convierten así en ejemplo temprano de una tendencia en la literatura y la cultura popular catalanas contemporáneas que enfatiza los vínculos históricos entre ambos países, y que se manifiesta tanto en la proliferación de estudios académicos sobre la participación de Cataluña en la empresa colonial,<sup>13</sup> como en el

espacio prominente que la isla ocupa en la literatura, el cine y la cultura popular.<sup>14</sup> Según Galina Bakhtiarova, con el inicio del proceso de integración de España en la Unión Europea tras la dictadura, los catalanes buscan redefinir la imagen de Cataluña en Europa. El énfasis en la relación colonial con Cuba permite equiparar Cataluña en importancia al resto de las naciones europeas, al poner de relieve el papel jugado por los catalanes en la historia del comercio transatlántico europeo y de sus migraciones (30-31).

Pla recalca la presencia catalana en la isla en numerosas ocasiones, ya sea enfatizando su participación en la creación de importantes industrias como la del tabaco (40), o reconociendo sus contribuciones a la vida intelectual y a la cultura popular. Por ejemplo, Pla señala con orgullo los edificios construidos por catalanes, como el teatro Martí, “tan célebre en los anales de la presencia catalana” (28), y no duda en atribuir la invención del daiquiri a un catalán (34). Más importante aún, en las dos últimas secciones de las crónicas Pla establece un nítido contraste entre el colonialismo español, que él caracteriza por explotar ciegamente los recursos, y la naturaleza comercial y emprendedora de la presencia catalana en Cuba. Al describir el paisaje que rodea la Habana, Pla comienza observando: “Cuando se conocen las descripciones del P. Las Casas sobre esta isla y se compara aquel paisaje con el actual, uno queda como aterrado. Según el referido testimonio, Cuba era un país cubierto literalmente de árboles nobles . . . Decir que este paisaje ha sido esquilado sería decir muy poca cosa. La palabra es ésta: el paisaje ha sido arrasado (35). Poco después, Pla establece un paralelismo entre la destrucción de los bosques cubanos y la deforestación de la meseta central española, sugiriendo al tiempo que esta destrucción es efecto de la colonización castellana: “Esta avidéz de destrucción se comprende viniendo de la Península: la destrucción arbórea de la España central -que es el fenómeno histórico mayor de nuestro país- ha tenido en Cuba una proyección literalmente exacta” (36). Pla tiene razón al describir la desaparición de los bosques cubanos en términos que hoy calificaríamos de desastre ecológico, pues se calcula que en los cinco siglos desde la llegada de los primeros europeos a la isla ha desaparecido el 80% de sus bosques (Díaz Briquets y Pérez López 140). Mas su intención al poner de relieve esta catástrofe medioambiental no parece ser tanto concienciar al lector de la necesidad de proteger los espacios naturales como constatar los excesos de la colonización peninsular. De hecho, Pla se muestra bastante selectivo en los hechos históricos que enfatiza. Por ejemplo, Pla no tiene en cuenta que el incremento de la deforestación se empezó a producir con la quema de bosques para la creación de plantaciones de azúcar en los primeros años del siglo XIX, fenómeno que coincide con el auge de la presencia catalana en el comercio antillano. El autor tampoco considera que la mayor pérdida de terreno forestal se produjo precisamente tras la independencia, con la llegada de las compañías estadounidenses y el consiguiente aumento de la producción azucarera (Díaz Briquets y Pérez López 142-43).

A esta colonización depredadora, Pla opone el espíritu comercial de los catalanes, y hace del comercio la esencia económica y social de la isla: “Los catalanes se dedicaron al comercio, que es la característica del país, y muchísimos triunfaron” (37). Cataluña se convierte así en la principal influencia económica en Cuba y los catalanes en un grupo que se distingue del resto de los peninsulares por su eficiencia y laboriosidad: “Los catalanes han dejado un recuerdo de dureza y de seriedad, precisamente por su poca tendencia al relajo” (37). Pla no sólo alaba el espíritu comercial y laborioso del catalán sino que, a la hora de calibrar el impacto del colonialismo, el autor hace gala de un determinismo regional que tiene muy poco que ver con la realidad histórica del azúcar como producto que se cultiva más eficientemente en grandes plantaciones. Al hablar de la agricultura, Pla llega a achacar los males del monocultivo cubano a la falta de influencia catalana en este área económica y concluye: “He oído decir a personas conocidas por su información, que la colonización agraria se produjo mal, fue realizada por indígenas (generalmente esclavos) bajo propietarios gallegos o asturianos. . . . Se dice en Cuba que si la colonización la hubieran realizado catalanes y valencianos se hubiera podido producir un país de pluricultivo que hubiera puesto la isla al abrigo de sus crisis intermitentes” (37). Para Pla, Cataluña, como EE.UU., manifiesta las virtudes éticas propias del liberalismo industrial y de las culturas nórdicas, mientras que España se identifica con una obsoleta economía agraria, latifundista y colonial. Los catalanes se convierten de este modo en una influencia cultural decisiva para la modernización de Cuba, al ser el germen de la actitud disciplinada ante el trabajo del cubano que Pla mencionaba al comenzar las crónicas, una actitud que ha podido florecer en el contexto de la influencia económica y cultural de los EE.UU.

Es difícil saber a quién se refiere Pla cuando afirma haber hablado sobre el tema con “personas conocidas por su información,” pues es notoria su falta de reconocimiento de las fuentes que utiliza en sus obras. Mas cuando Pla publica estas crónicas, y a pesar de que hacia el final de las mismas el autor afirma que el “papel jugado por los catalanes en la historia moderna y contemporánea de Cuba ha sido sobradamente relatado” (41), apenas existen estudios que aborden esta cuestión.<sup>15</sup> El único texto que cabe mencionar como posible fuente de Pla es *Los catalanes en América. Cuba* (Habana, 1920), de Carlos Martí, catálogo biográfico de elogios, más que análisis, de la contribución catalana a la historia de la isla y obra que nace al calor del auge del catalanismo burgués que sigue al fin de la guerra con Cuba. En el prólogo a la obra de Martí, Francesc Cambó, presidente de la Lliga desde la muerte de Prat de la Riba y figura con la cual Pla mantuvo una estrecha relación política y personal, afirma que el libro “ha de constituir viu testimoni de la perenne personalitat nacional de Catalunya i corroborarà que aquesta no sols ha impulsat el seu propi progrés, sino el de pobles estranys; no sols ha cuidat de la seva propia cultura, sino que l’ha difundit i extés fins als mes remots confins” [ha de constituir vivo testimonio de la perenne personalidad nacional de Cataluña y corroborará que esta no solo ha impulsado su propio progreso, sino el de pueblos extraños; no solo ha cuidado de su propia cultura, sino que la ha difundido y extendido hasta los más remotos confines] (Cambó 7). Cambó no solo recrea aquí uno de los principales lugares comunes del nacionalismo conservador catalán de principios de siglo: la idea de que Cataluña tiene una personalidad nacional diferenciada y que esta ha hecho posible el alto grado de desarrollo social y económico que la distingue del resto de España. El político catalán, quien añade al texto de Martí el significativo subtítulo “La energía catalana en Cuba,” reconoce además con orgullo que la influencia modernizadora de los catalanes se ha extendido más allá de las fronteras peninsulares, pudiendo imponerse en las Américas no por el poder militar ni por el ímpetu de la codicia sino por la fortaleza de sus valores e ideas: “. . . el catalá no cuida tan sols d’enriquirse . . . desijant, influir am l’exposició de la seva idealitat propia, a l’elaboració de les idees universals” [. . . el catalán no se preocupa tan solo de enriquecerse . . . deseando, influir con la exposición de su propia idealidad, a la elaboración de las ideas universales] (Martí 7). Las crónicas de Pla se ven imbuidas de este mismo catalanismo ultramarino que parece defender Cambó, un catalanismo que implica a Cataluña en la historia colonial de España y que le confiere un espacio en la misma por derecho propio como vector de modernización.

Cuando Pla viaja a Cuba en 1954, todo catalanismo ha sido silenciado. Franco practica una política de erradicación cultural que pasa por prohibir el uso de la lengua y de los símbolos de identidad en todas las esferas de la vida pública catalana. En este contexto, las crónicas de Pla sobre Cuba recuperan el sentimiento de orgullo que animó la obra de los principales políticos e ideólogos del catalanismo de principios del siglo XX y lo convierte de nuevo en un arma de protesta.

En primer lugar, Pla critica la política económica del gobierno, aunque sin atacar abiertamente los cimientos autoritarios del régimen. No es Cataluña sino Cuba, una Cuba en la órbita estadounidense y de clara ascendencia catalana, la nación que se convierte en ejemplo del camino de modernización económica que el régimen debe seguir. Pla se distancia a su vez del mito de la Hispanidad, tal y como fue refrendado mayoritariamente por los periodistas e intelectuales que escribieron sobre Latinoamérica en la década de los cincuenta, y en sus descripciones de la capital ridiculiza el lenguaje obsoleto y nostálgico del nacionalismo franquista. Pla desmitifica sobre todo los méritos de la colonización castellana en las Américas y se rebela así contra una versión de la historia que ha minimizado las contribuciones de Cataluña a la historia colonial y que proyecta sobre el exterior una supranacionalidad hispánica que hace imposible encajar en su definición la singularidad de la nación catalana. Pese a su afán desmitificador, la crítica de Pla a la miopía de la historia oficial del franquismo crea sus propias zonas oscuras. Pla maneja un concepto de identidad como amalgama de características intelectuales y morales que nace a la sombra de los nacionalismos étnicos de fines de siglo anterior y que impregnó de clichés raciales el discurso político del catalanismo conservador en el que Pla siempre militó. La ficción de una modernidad catalana que se asienta sobre virtudes de clara ascendencia nórdica como la laboriosidad o la eficiencia acaba ofreciéndose como única y pobre explicación a los complejos procesos sociales y culturales que caracterizaron la relación de España, y de Cataluña, con sus colonias.

En las crónicas de Pla para Destino Cuba se convierte además en una pieza fundamental del imaginario cultural catalán. Es por ello que su visita termina en uno de los más importantes iconos de la presencia catalana en Cuba, la Ermita de los Catalanes. La ermita que Pla visita es una reconstrucción recién finalizada de la ermita de Nuestra Señora de Monserrat, iglesia que terminó de construirse en 1920 en la Habana y que fue demolida en 1951 para erigir el Monumento a José Martí. Tal y como Pla expresa en un lenguaje sentimental que contrasta con el tono sencillo y directo del resto de las crónicas, la antigua iglesia fue “nexo espiritual que unía a todos los catalanes de Cuba en los sentimientos y en las esperanzas de la patria lejana” (41). Pla concluye su visita, y las crónicas, presentando Cuba a sus lectores como espacio de afirmación de la propia identidad. Su viaje no ha dado pie a reflexionar sobre los matices políticos y culturales de la realidad cubana, ni le ha llevado tampoco a impugnar la visión del mestizo o del negro como razas inferiores que subyace tanto al lenguaje del imperialismo europeo como al paternalismo implícito en el ideal de mestizaje franquista o al catalanismo ultramarino de Cambó. Por el contrario, sus descripciones de la isla se ven atrapadas con frecuencia en una retórica imperialista que afirma su superioridad como catalán y como europeo, y en la que el protagonismo castellano se reemplaza por una visión idealizada de la influencia catalana en la cultura local. Esta idealización pasa por alto los aspectos más controvertidos de la presencia catalana en la isla, como el papel de los empresarios catalanes en su deforestación, e ignora el mestizaje que se dio también entre sus inmigrantes y que a Pla sin duda molestaría. Si la Hispanidad franquista puede entenderse como un mito que permitió compensar la mediocridad y la falta de relevancia internacional del país durante la dictadura, la utopía de una Cataluña moderna e influyente que pinta Pla al viajar a Cuba trata de contrarrestar el silenciamiento de la cultura catalana bajo el franquismo. Ambas ideas acabaron perpetuando la visión de América como creación de las culturas europeas que ha dominado el imaginario occidental desde el descubrimiento.

## Endnotes

<sup>1</sup> Entre 1954 y 1967 Pla visitó Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Argentina, Uruguay, Chile, Colombia, Panamá, Perú, Bolivia, Paraguay, y Brasil. Las crónicas de estos viajes se publicaron primero en Destino y después, traducidas al catalán, en sus obras completas: *En mar*, 1971; *Les Ameriques*, 1978; *El viatge s’acaba*, 1981. Las crónicas de su viaje a Cuba y las de su primer viaje a Argentina a finales de 1957 aparecieron también en forma de libro en castellano bajo el título *Viaje a América* (1960).

<sup>2</sup> Ver Champeau 2004, Javier Torre 2009, Jorge Carrión 2011.

<sup>3</sup> Viaje en autobús precede además en varios años al mucho más conocido *Viaje a la Alcarria* (1948), de Camilo José Cela, obra de la que Cela, amigo y admirador de Pla, probablemente tomara inspiración (Gentile 226).

<sup>4</sup> Todas las citas de las crónicas en este artículo vienen de *Viaje a América* (1960), su edición en forma de libro. Se ha preferido usar como referencia el libro y no la revista para facilitar al lector la ubicación de las citas, ya que no hay ninguna diferencia entre el texto de las crónicas originales que aparecen en Destino y el de su reedición de 1960. Las crónicas originales pueden consultarse a través de la página web de la Biblioteca de Catalunya, que ha digitalizado todos los números de Destino: <http://www.bnc.cat/digital/destino/index.html>

<sup>5</sup> Estas “autoentrevistas” o entrevista ficticias aparecen también con las crónicas de su segundo viaje a América en 1958. Rosa María Pérez Buendía considera que es un recurso que le permite al autor crear y controlar la imagen pública de hombre solitario y “antisocial” que cultivó desde el fin de la guerra (17).

<sup>6</sup> Todas las traducciones del catalán son nuestras

<sup>7</sup> Ver Lluch 1982 y Linde de Castro 2003.

<sup>8</sup> Ver De la Calle Velasco 2004.

<sup>9</sup> Ver Delgado Gómez-Escalonilla 1988, 2013, y Marcilhacy 2014.

<sup>10</sup> Jacobson hace un análisis detallado del modo en que este lenguaje étnico influyó tanto en el nacionalismo catalán como a los nacionalismos español y vasco.

<sup>11</sup> Linde expresa estas ideas en un artículo en el que analiza la trayectoria política de Pla y los prejuicios con los que Pla se acercó siempre a Castilla y su historia (Linde, "Pla, Cataluña").

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, el trabajo pionero de Jordi Maluquer de Motes (1974) y el de Josep María Fraderas (1987), quienes destacan la conexión entre la capitalización catalana y el comercio de esclavos, y el trabajo de César Yañez Gallardo sobre la inmigración catalana (1996).

<sup>14</sup> Ver Bakhtiarova 2002, Sabaté-Llobera 2007, Surwillo 2014.

<sup>15</sup> 1954 es también el año en que el historiador Jaume Vicens Vives, buen amigo de Pla y como él colaborador de Destino, publica *Noticia de Cataluña*, obra en la que explora mediante una metodología rigurosa la historia de Cataluña y en la que se refuta por primera vez la idea de la escasa participación de Cataluña en el comercio colonial con las Américas. Es posible que Pla se refiera aquí a conversaciones con el historiador. En todo caso, estas crónicas sintonizan con esta nueva tendencia abierta por Vicens Vives en la historiografía catalana, aunque no manifiestan el mismo deseo de objetividad.

## Obras citadas

Agustí, David. *Historia breve de Cataluña*. Sílex Ediciones, 2010.

Bakhtiarova, Galina. *Empires of the Habanera: Cuba in the Cultural Imaginary of Catalonia*. Tesis doctoral. University of Southern California, 2002.

Cambó, Francesc. "Carta prolec d'en Francesch Cambó." Prólogo. *Los catalanes en América*. Cuba, por Carlos Martí. Editorial Minerva, 1920, pp. 7-8.

Carrión, Jorge. "El viajero franquista." *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, no. 145, 2011, 269-282. Champeau, Geneviève. "Viajar bajo el franquismo: retrato polémico y escritura del yo." *Quimera*, no. 246-47, 2004, pp. 76-81.

De la Calle Velasco, María Dolores. "Hispanoamericanismo. De la fraternidad cultural a la defensa de la Hispanidad." *Jirones de Hispanidad*. España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva de dos cambios de siglo, editado por Mariano Esteban de la Vega et al. Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2004, pp. 151-172.

Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica. 1939-1953*. C.S.I.C., 1988.

---. "La política latinoamericana de España en el siglo XX." *Ayer*, n. 49, 2013, pp. 121-160.

Díaz Briquets, Sergio y Jorge Pérez López. *Conquering Nature. The Environmental Legacy of Socialism in Cuba*. University of Pittsburgh P, 2000.

Dubino, Jeanne, et al., editores. *Representing the Modern Animal in Culture*. Palgrave Macmillan, 2014.

Fraderas, Josep María. *Indústria y mercat: les bases comercials de la indústria catalana moderna. 1814-1845*. Editorial Crítica, 1987.

Foxá, Agustín de. "Cuba Antigua." *De Azorín a Umbral. Un siglo de periodismo literario español*, coordinado por Javier Gutiérrez Palacio. Netbiblo, 2009, pp. 593-595.

Fussell, Paul. *Abroad. British Literary Travelling Between the Wars*. Oxford UP, 1980.

Geli, Carlos y J.M. Huertas Clavería. *Las tres vidas de Destino*. Anagrama, 1991.

Gentile, Laure. "Viaje en autobús de Josep Pla: la ficción del viaje único." *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, editado por Geneviève Champeau. Editorial Verbum, 2004, pp. 226-240.

- Goode, Joshua. *Impurity of Blood. Defining Race in Spain, 1870-1930*. Louisiana State UP, 2009. Gracia, Jordi. *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Anagrama, 2004.
- Guerrero, Gustavo. *Historia de un encargo: "La catira" de Camilo José Cela*. Anagrama, 2008. Jacobson, Stephen. "Spain. The Iberian Mosaic." *What is a Nation? Europe: 1789-1914*, editado por Timothy Baycroft y Marl Hewitson. Oxford UP, 2014, pp. 210-227.
- Linde de Castro, Luis M. "Mercados libres y buena moneda. (Las ideas liberales de Josep Pla)." *Revista de Occidente*, no. 266-67, 2003, pp. 216-240.
- . "Pla, Cataluña y España o el guardián de las ruinas." *Revista de Libros*, no. 79-80, 2003, pp. 13-19. <http://www.revistadelibros.com/articulos/josep-pla-vida-y-obra>. Acceso 17 de agosto 2017.
- Lluch Martín, Ernest. "Josep Pla: realismo conservador y autoritario." *Revista de Girona*, vol. 28, no. 98, 1982, pp. 75-78. <http://www.raco.cat/index.php/revistagirona/article/view/85124>. Acceso 19 de enero 2017.
- Maluquer de Motes, Jordi. "La burguesía catalana i la esclavitud colonial: modes de producció i pràctica política." *Recerques*, no. 3, 1974, pp.83-176.
- Marcilhacy, David. "La Hispanidad bajo el franquismo: el americanismo al servicio de un proyecto nacionalista." *Imaginario y representaciones de España bajo el franquismo*, editado por Stéphane Michonneau y Xoxé M. Nuñez Seixas. Casa de Velázquez, 2014, pp. 73-102. Martí, Calos. *Los catalanes en América*. Cuba. Editorial Minerva, 1920.
- Nunley, Gayle. *Scripted Geographies. Travel Writings by Nineteenth-Century Spanish Authors*. Bucknell UP, 2007.
- Pecourt, Joan. "El campo de las revistas políticas bajo el franquismo." *Papers. Revista de Sociología*, no. 81, 2006, pp. 205-228. <http://ddd.uab.cat/record/16002>. Acceso 10 de enero 2017.
- Pérez Buendía, Rosa M. *Josep Pla. Viage a l'Amèrica del Sud (1957). De les col.laboracions a la revista "Destino" al volum En mar (1971)*. Tesis doctoral, Universitat Atònoma de Barcelona, 2014. <http://ddd.uab.cat/record/130270>. Acceso 28 de marzo 2017.
- Pla, Josep. "A la luz del quinqué. Conversación con José Pla a su regreso a América." *Destino*, 902, 20 Nov. 1954, pp. 5-7.
- . "Para terminar-Correspondencia." *Calendario sin fecha. Destino*, 903, 27 Nov. 1954, pp. 12 y 45. ---. *Viaje a América*. Barcelona: Destino, 1960.
- . *Amb les pedres disperses. Cartes 1946-1962*. Barcelona: Destino, 2003.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Routledge, 1992. Quintana Trias, Lluís. "El Viaje en autobús de José(p) Pla: ¿Una incorporación al canon?" *Revista Hispánica Moderna*, vol. 59, no.1/2, 2006, pp. 119-140. JSTOR, [https://www.jstor.org/stable/30203816?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/30203816?seq=1#page_scan_tab_contents). Acceso 20 de enero 2017.
- Ripoll Sintes, Blanca. "La revista Destino (1939-1980) y la reconstrucción de la cultura burguesa en la España de Franco." *Amnis*, no.14, 2015, <http://amnis.revues.org/2558>. Acceso 20 de enero 2017.
- Rodrigo y Alharilla, Martín. "Cataluña y el colonialismo español (1868-1899)." *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*, editado por Salvador Calatayud et al. Universitat de València, 2009.
- Sabaté-Llobera, Nuria. *Cuba como geografía literaria en la narrativa catalana contemporánea*. Tesis-doctoral. University of Kentucky, 2007. [http://uknowledge.uky.edu/gradschool\\_diss/566/](http://uknowledge.uky.edu/gradschool_diss/566/). Acceso 2 de marzo 2017.
- Spurr, David. *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*. Duke University Press, 1993.
- Surwillo, Lisa. *Monsters by Trade. Slave Traffickers in Modern Spanish Literature and Culture*. Stanford UP, 2014.
- Torre, Javier. "The Politics of Travel Writing in Fascist Spain." *Not So Innocent Abroad. The Politics of Travel and Travel Writing*, editado por Ulrike Brisson y Bernard Schweizer, 2009, pp. 59-84.
- Vicens Vives, Jaime. *Noticia de Cataluña. Ancora y Delfín*, 1954.
- Yañez Gallardo, César. *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América (1830-1870)*. Alianza América, 1996.